
H O M E N A J E A

José Lezama Lima y Francisco Proaño Arandi

El tío tarambana está de cumpleaños (José Lezama Lima en su centenario)¹

JESÚS DAVID CURBELO

RESUMEN

El escritor cubano le rinde tributo a su compatriota, José Lezama Lima, a propósito de celebrarse en 2010 el centenario de su natalicio, a través de este texto en el que da cuenta de lo que fue su descubrimiento, en determinado momento, de la obra del autor de *Paradiso*; luego, su deslumbramiento al lograr penetrar, desde un ejercicio intenso de estudio y desciframiento, los códigos esquivos que circulan por la poesía lezamiana, al igual que la riqueza simbólica que expresa su narrativa, y lo desconcertante que resultan sus ensayos. La lectura de Curbelo es una celebración de todo lo que es el universo literario de Lezama dentro de esa continua deconstrucción de los géneros. Como bien señala Curbelo, su persistente y siempre experimental acercamiento a la obra del autor habanero, es resultado de quien se sabe “un lezamiano, no un lezamista, y ese matiz entraña su riesgo”.

PALABRAS CLAVE: José Lezama Lima, poesía cubana, narrativa cubana, literatura latinoamericana.

-
1. Con motivo de la celebración del centenario del natalicio del escritor cubano José Lezama Lima (La Habana, 1911-1976), el Área de Letras de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, organizó en junio de 2010 una conferencia que fue dictada por el crítico cubano José David Curbelo. Algunos pasajes de esa charla están recogidos en el presente texto (N del E).

SUMMARY

Because Lezama's centennial was celebrated in 2010, the Cuban writer pays homage to his fellow countryman through this text, which recounts of Curbelo's eventual discovery of the works of the author of *Paradiso*; followed by his amazement as he deciphered, through rigorous study, the elusive codes of Lezama's poetry as well as the symbolic opulence expressed in his narrative, and how upsetting his essays can be. Curbelo's reading is a celebration of the totality of Lezama's literary universe in the continuing deconstruction of the literary genres. As Curbelo points out, his unrelenting and always experimental approach to the works of the Cuban writer is the result of someone who defines himself as "a Lezamian, not a Lezamista, a hue that poses a risk in itself".

KEY WORDS: José Lezama Lima, Cuban poetry, Cuban narrative, Latin American literature.

MUCHO ANTES DE CONOCER la célebre frase de Tinianov donde este afirma que las literaturas suelen crecer de forma rara, pues los jóvenes salen en busca de los tíos con tal de evadirse de los padres, puse en práctica su estrategia. Era sencillo: no me gustaban mis padres cronológicos en la literatura cubana, ni tampoco otros putativos que trataban de imponerme unos programas de estudio demasiado ideologizados para tomárselos en serio. Me negué a seguir leyendo poetas coloquiales cubanos y narradores de la violencia, como igual no pude más con los autores del realismo socialista soviético o de cualesquiera de las uniones de escritores de los países del Este de Europa. Y andaba entretenido en redescubrir la poesía barroca española cuando conocí a Lezama.

No personalmente, por desgracia. O por suerte, quién sabe. Mi experiencia personal con los escritores siempre me deja insatisfecho: la mayoría son demasiado vanidosos y solo quieren ser oídos y admirados. Lo conocí gracias a una polémica que sostuvieron dos intelectuales de mi provincia, muy a principios de los 80, en el periódico local. Ni siquiera recuerdo bien los ribetes de la discusión. Solo sé que los comentarios, tanto buenos como malos (curioso: lo que más le criticaban, la pornografía, el hermetismo, el lenguaje complicado, fue lo que llamó mi atención), me compeleron a buscar sus libros. Nada fácil: no los prestaban en las bibliotecas, no estaban en librerías y mis amigos no los tenían.

Pero la yagua que está para uno no hay vaca que se la coma: en el año 81 vio la luz *Imagen y posibilidad*, una compilación de ensayos breves y artículos suyos aparecidos en diversas revistas como *Grafos* (donde

bastante colaboró en 1935 y 1946), *Verbum, Espuela de plata, Nadie parecía* y *Orígenes* (las cuales editó, fundó o dirigió entre 1937 y 1956), *Lunes de Revolución* (desde cuyas páginas también sufrió virulentos ataques firmados, entre 1959 y 1961, por aquellos poetas coloquiales que no me gustaban y que, cosa interesante, como él, se habían volatilizado del panorama literario para cederle su puesto a otros peores que ellos, como poetas y como personas), *La Gaceta de Cuba* (revista que vino a suplir la ausencia de *Lunes...*) y *Casa de las Américas*, entre otras. Aquel no era, en puridad, un volumen organizado por Lezama, sino por Ciro Bianchi, autor del prólogo que me condujo hacia el enigma de un tío que, como esos tíos tarambanas que no faltan en las familias cubanas –y del mundo, supongo–, se divierten sobremanera violando todas las leyes y conduciendo a sus sobrinos por el camino de la desobediencia.

Fue mi caso. Desobedecí las ansias familiares de convertirme en médico, abogado o ingeniero, y me decidí por la filología. Mi variante de universidad ni siquiera fue Upsalón. Estudié en Santa Clara, la ciudad de los ancestros de Ricardo Fronesis, personaje de *Paradiso*, que aún no conocía. Allí encontré, por fortuna, varios profesores que me sedujeron con la lectura de Lezama y hasta me facilitaron sus textos. Accedí a *Muerte de Narciso, Aventuras sigilosas, Enemigo rumor, La fijeza, Dador* y *Fragmentos a su imán*, de la mano de Carmen Sotolongo y Juan Ramón González. Gracias a Arnaldo Toledo leí *Paradiso* y *Oppiano Licario*. Y por la amable presión de Hernán Venegas, la zona entonces más densa para mí (sin contar que las demás igual lo eran, y en demasía): los ensayos de *Analecta del reloj, La expresión americana, Tratados en La Habana* y *La cantidad hechizada*, especialmente “Coloquio con Juan Ramón Jiménez”, “El secreto de Garcilaso”, “Sierpe de don Luis de Góngora”, las cinco conferencias sobre el barroco en América y los textos dedicados a Juan Clemente Zenea y Julián del Casal.

Sería mentir si afirmo que entendí mucho. Aquello del sistema poético del mundo no se me hacía viable, a pesar de la ayuda de los libros de Cintio Vitier o de los ensayos recogidos en la *Valoración múltiple* de Lezama que editara la Casa de las Américas en 1970. En Santa Clara conocí también a muchos de los jóvenes poetas de la ciudad por entonces. Con dos de ellos, en especial, pasé largas horas en los pasillos de la universidad, en los parques o en los bares, debatiendo acerca de la indiscifrabilidad de aquellas páginas: Heriberto Hernández y Jorge Luis

Mederos, *Veleta*. Heriberto era lezamiano furioso; Veleta, no tanto, pensaba que el gordo de Trocadero era lo que se dice “un jodedor cubano”, listo para tomarle el pelo a sus lectores con la cetrería de metáforas y conceptos tan extraños como “eras imaginarias”, “vivencia oblicua”, “súbito”, “*potens*”, “lo hipertélico”, “sobrenaturalidad”, “espacio gnóstico” o “teleología insular”.

Nunca nos pusimos de acuerdo. Eso sí: interpretamos una pálida parodia de los diálogos hipercultos y posplatónicos de José Cemí, Ricardo Fronesis y Eugenio Foción, los personajes que, tanto en *Paradiso* como en *Oppiano Licario*, se lanzan a la búsqueda de la sabiduría, del misterio de la poesía, del hombre penetrando en la imagen y, a través de ella, en la Historia. De alguna manera, aquella fue la primera enseñanza que recibí de Lezama: la de la amistad conversable, la de la mayéutica no siempre cordial pero sí fructífera. Por aquel camino seguí después, de vuelta en Camagüey, cuando hablé larga y peripatéticamente por salas, cocinas y patios caseros, plazas coloniales y, por supuesto, bares, sobre la homosexualidad de Foción y las extrañas pulsiones sexuales de Fronesis y Cemí, con el poeta Jesús Lozada, y jugamos a leer las novelas lezamianas desde la óptica de Freud, Jung y Lacan, haciendo caso omiso al palpable desagrado que nuestro objeto de coloquio mostrara en vida por el psicoanálisis. O cuando desafié idas y venidas en horripilantes trenes interprovinciales, mientras sopesaba con Roberto Méndez las liviandades sexo-metafísicas de Ynaca Eco Licario, o las resonancias posmodernas de la “Súmula nunca infusa de excepciones morfológicas”, la obra maestra de Oppiano Licario que José Cemí –en un descuido, por andar copulando con Ynaca Eco– deja que sea destruida por la doble acción demoleadora de un perro asustado y las aguas furibundas del Caribe durante un ciclón en La Habana.

En realidad, las sutilezas del dichoso sistema poético del mundo se me hicieron más claras (puede que “menos oscuras” sea la expresión justa) cuando conocí a Rafael Almanza, una suerte de Oppiano Licario de cuya mano me adentré en la controversia filosófica, estética y poética con esa amalgama de vasos comunicantes en que se convirtió, para mí, la obra toda de Lezama, una vez que me llené del valor necesario y la emprendí, desprejuiciadamente, con aquel monstruoso experimento transgénico donde los poemas podían ser cuentos o ballets; los cuentos, prosas poemáticas; las novelas, poemas con personajes y largas digre-

siones ensayísticas; y los ensayos, argumentos con metáforas e imágenes. Y a eso le siguieron largas horas de charla en la calle Rosario 220 –la Espada 615 de Camagüey– sobre las influencias del orfismo y el platonismo, de Tertuliano y *Orígenes* (aquello de la apocatástasis me seducía de una manera fulgurante), de Gregorio de Nicea y Nicolás de Cusa, de Pascal y Claudel, de Simone Weil y María Zambrano, de Góngora, Perse y Valéry, o de Chesterton, Spengler, Toynbee y Wölfflin.

También el poeta Roberto Manzano me ayudó mucho con las discusiones acerca de las eras imaginarias y la visión teleológica de Lezama y Vitier acerca de la cultura cubana. *Lo cubano en la poesía* y *Cincuenta años de poesía cubana* (1900-1952) del primero y la *Antología de la poesía cubana*, en tres tomos, del segundo, parecían haber organizado para nosotros aquella fiesta innumerable de la cual podíamos disentir en múltiples puntos pero ante la cual no nos quedaba más remedio que maravillarnos.

Por aquellos tiempos, la década del noventa en el siglo veinte, seguí ampliando mi familia en la literatura cubana: revisité a un tío que había sido, en vida, una suerte de Némesis para Lezama, Virgilio Piñera. Pero las familias son así, máquinas de moler: la gente se quiere, se odia, se insulta y poco falta para que se asesine antes de aceptar que no queda otra y uno debe tomar por buenos a esos parientes que Dios –o el Diablo, a veces no queda claro– le dio. Al final, me las arreglé y los armoniqué, en mi cabeza y mi corazoncito, con otros tíos cubanos igual de difíciles como José María Heredia, Juan Clemente Zenea, José Martí, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, Samuel Feijóo, Ezequiel Vieta y Guillermo Cabrera Infante, para inventarme un panteón familiar a prueba de sismos y de censores ideológicos de cualquier bando.

Como podía esperarse, Lezama nunca dejó de estar llevándome por el mal camino. De hecho, ese mismo virón hacia otras ramas de la familia, resultaba a fin de cuentas un mensaje poético tan obvio como la carta del tío Alberto a José Cemí desde la Isla de Pinos, su partida de ajedrez con el doctor Santurce, sus controversias copleras con el diablo que, cual si Alberto fuera un Santos Vega tropical, se le aparece guitarra en mano para desafiarlo, o las mismas décimas que el personaje entona antes de entrar a los reinos de Proserpina en el capítulo VII de *Paradiso* y que luego el sobrino escucha, entre los juegos de sombra y excesiva luz de su encuentro con Ynaca Eco en la funeraria donde velan a Oppiano Licario, poco antes

de percatarse de que, en efecto, aquellas sílabas también eran parte del ritmo hesicástico, de la poesía de la totalidad. Y fue de esa suerte, porque nunca he dejado de ser un alumno de su Curso Delfico, en la modalidad de Educación a Distancia. Siguiendo las sílabas hesicásticas de Lezama hallé una y otra vez a Claudel, a Miloš, a Huysman, a Girodoux, a Alain Fournier, el *I Ching* y ciertos arcanos del Tarot, o volví a mirar los cuadros de Víctor Manuel, Mariano, Amelia, Portocarrero o Arístides Fernández. Y, de algún modo, estuve cerca, aunque me creyera lejos, con ese Eros de la lejanía que vuelve a Fronesis más insular en su ¿temporal? exilio parisino en las páginas de *Oppiano Licario*.

Ya después, viviendo en La Habana, largas horas de oficina –terrazas, jardines o bares de la Unión de Escritores– compartidas con Jorge Luis Arcos y Enrique Saínz me pusieron delante de los dos ensayistas más ocupados en el legado lezamiano y origenista después de Cintio Vitier y Fina García Marruz, sus compañeros de generación. Las polémicas verbales con Yoyi y Henry me condujeron a leer o releer sus libros –y otros que me recomendaron para salvarme de mi indigencia de los últimos años en materia de bibliografía pasiva acerca de Lezama– y adelantar en el asunto, es decir, tener cada vez más dudas, más preguntas y menos respuestas. O sea: seguirme asomando, con la perseverancia y el tesón del mulo lezamiano, al abstruso abismo del conocimiento. De alguna manera, hablé mucho de Lezama en esa época con Juan Carlos Flores, Efraín Rodríguez Santana y Francisco Díaz Solar, quienes, junto con Rafael Almanza y Roberto Manzano, son algunos de los lectores más sutiles y exquisitos de poesía que he conocido.

Pero no resultaba suficiente. Con Lezama –menos que con cualquier otro tema– nunca lo es. Y seguí persiguiendo a Roberto Fernández Retamar, Reynaldo González, Ciro Bianchi, Roberto Méndez, César López o Luis Álvarez cuando disertaban en público sobre él; o leyendo, en privado, las iluminaciones críticas de Nancy Morejón, Abel Prieto, Enrico Mario Santí, Alberto Garrandés o Maggie Mateo, ya que, una vez delante del abismo, lo más lezamiano es dar el paso al frente.

Mas insisto: siempre Lezama te acecha. Por causas casi ajenas a mi voluntad, me convertí en profesor de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de La Habana. Y volví, con gusto, pero no por propio pie, a *La expresión americana*. Junto a los ensayos de Pedro Henríquez Ureña, Carpentier y *El laberinto de la soledad* de Paz, creo que son lo más americano

que conozco. Y aún así, me atrevería a decir que ese viaje desde las Antillas o los reinos de Xibalbá junto a Hunahpú e Ixbalanqué hasta José Martí, pasando por Kondori, el Aleijadinho, sor Juana, Sigüenza y Góngora, Domínguez Camargo, Fray Servando Teresa de Mier y Francisco de Miranda, entre otros, para llegar al festín del señor barroco americano, donde se funden los *Diarios* de Martí con *El libro de los muertos*, o Martín Fierro y Aniceto el Gallo con Walt Whitman, es una de las manifestaciones más auténticas del espíritu subversivo y transculturador del mestizo –resumen de fuentes y cruzamientos varios: indígenas oriundos de América, europeos, africanos, asiáticos– ante los hechos de la cultura y de la lengua.

Como tampoco llegué por mis medios a la controvertida antología *Una fiesta innombrable*, especie de visión sobre “las cien mejores poesías cubanas” desde sus orígenes hasta 1960, cuyo índice encontrara, hace mucho tiempo, el investigador Roberto Pérez León en la papelería de Lezama. Con las escasas cinco o seis páginas de puño y letra del poeta, Pérez León se enfrascó en otra partida de ajedrez con él, y concluyó, añadiéndole fragmentos didascálicos o exegéticos extraídos de sus ensayos y artículos, el volumen de casi cuatrocientas páginas que el azar concurrente puso en mi mesa de editor y en el cual he trabajado, de una u otra forma, en los más recientes cuatro años.

Pensaba que le había hecho al tío el mejor regalo posible en el centenario de su natalicio con el fervoroso trabajo de edición que, a despecho de oscuras cabezas negadoras y fatalidades económicas, insistí en llevar adelante contra viento y marea, cuando la Universidad Andina de Quito me invitó a impartir –para mi gusto y manera de verlo, el verbo correcto sería *compartir*: dialogar, nutrirnos– una conferencia sobre su obra. “Ritmo hesicástico, podemos empezar”, dije, y con la ya mencionada tozudez del mulo en el abismo volví a Lezama desde *Muerte de Narciso* hasta lo más reciente que se ha publicado en Cuba de su producción. Y regresé incluso, un sobrino pródigo lleva una maldición peor que la de un hijo, a sus lectores más y menos ilustres (entre los primeros, aparte de los ya mentados: Cortázar, Vargas Llosa, Ribeyro, Arrom, Julio Ortega, Carmen Ruiz, Margarita Junco Fazzolari, Roberto González Echevarría, Remedios Mataix; de los segundos prefiero no acordarme). “Sierpe de José Lezama Lima: aproximaciones al Minotauro”, decidí nombrar la tentativa que, todavía, cuando escribo estas líneas, no sé cómo va a salir. Soy un lezamiano, no un lezamista y ese matiz entraña su riesgo. Por no ir muy lejos, lo estoy

demostrando en este mamotreto que casi termino: he aprovechado el ejemplo del tío, y, de igual modo que él hiciera con Góngora, Garcilaso, Casal, Zenea y otros, me valgo de gente insigne para buscar mi lugar en el universo. Espero que los lectores sepan perdonar mi pequeña vanidad y se dejen provocar, tanto en estas líneas como en la conferencia, para caer en el hechizo de Lezama.

Entre tanto, solo puedo desearle al tío tarambana y medio tronado, lo mismo que él le deseó a Quevedo en su día: cien años más. Y, de paso, añadir varias centenas.*

*En La Habana, en julio de 2010, año del centenario
de José Lezama Lima y a escasos días del 34 aniversario
de su muerte, el 9 de agosto de 1976*

Fecha de recepción: 2 agosto 2010
Fecha de aceptación: 30 septiembre 2010